

tenemos yo y mis compañeros mal de corazón, enfermedad que sana con ello.»¹

Á tan benévolo cuanto generoso recibimiento, los españoles correspondieron con "una traza bien impertinente que ántes dañó que aprovechó, porque determinaron el día siguiente de espantar á los pobres indios, disparando la artillería de que los pobres quedaron muy espantados, como gente que no había visto cosa semejante. Y así mismo los desafiaron uno á uno para que peleasen con ellos, y como lo rehusaban, denostándolos con palabras afrentosas, y mostrándoles muchas armas que traían, y perros ferocísimos de ayuda, dijéronles que habían de ir á México, y con aquellas armas y perros los habían de destruir y matar y robar sus haciendas. Despidieron á los pobres tan escandalizados y temerosos, que ya todos se persuadían que no era aquel señor que esperaban, sino algún cruel enemigo suyo, el qual allí venía con aquella gente tan feroz."² "Iban tan turbados y apresurados, que en ninguna cosa recibían consolación, ni en el comer, ni en el dormir, ni les daba contento cosa ninguna: iban dando suspiros muchos y muy grandes, muy angustiados y aflijidos por todo el camino."³

Llegados á México aquellos principales, dieron cuenta de su embajada á Motecuhzoma, quien, luego que "hubo oído todo esto..... espantose mucho, y mudáronsele los colores, y mostró gran tristeza y desmayo."⁴

Acosado desde antes por la superstición el Monarca, al oír hoy las amenazas que habían proferido aquellos hombres blancos, quedaba "muy espantado y casi sin aliento..... muy triste y lloroso..... vacilando qué haría de sí, si se huiría ó se escondería."⁵

Es también que á las veces el exceso de poder enerva; cuando un soberano encuentra siempre por doquiera anticipada sumisión, cuando jamás se le opone otra voluntad á la suya, aunque sólo sea para encastrarle á lo mejor, el autócrata no ejercita sus energías, y entonces éstas se debilitan y llegan á morir al fin. Motecuhzoma mostró en su juventud ánimo levantado y viril: las guerras le fueron familiares. Mas entregado desde temprano á ideas supersticiosas y enmollecido á la vez por la adulación exagerada de sus vasallos, el Monarca degeneró paulatina-

1 Gomara, 313¹.

2 Códice Ramírez, 82.

3 Sahagún, Relación, 27-8.

4 Idem, 82.

5 Códice Ramírez, 83.

mente hasta un grado sumo, y era ya impotente para defender á su patria.

El pueblo mexicano había sido siempre heroico y siempre invencible; de una reducida isleta, antes pobre nido de culebras, supo hacer en breve tiempo la gran Tonochtitlan, ciudad maravillosa desde donde extendió su poder hasta uno y otro océano, fundando el imperio más vasto y más floreciente del Nuevo Mundo.

Motecuhzoma, sin embargo, no llama á las armas á ese pueblo esforzado para que detenga al invasor extranjero, sino que, con pusilanimidad mujeril, se limita á pedir la salvación á los dioses. Resuelve así "que se juntasen todos los encantadores y nigromantes, y que..... fuesen á hacer el primer acometimiento y empleasen todo su saber y poder para hacer mal, impedir y espantar á los españoles para que vieses y no osasen llegar á México..... (mas) todo cuanto hicieron y dijeron, y negociaron con los demonios sus abogados y favorecedores, no valió nada, y se volvieron confusos y tristes á dar esta relación á Motecuhzoma, el cual les oyó, y se espantó mucho, y le cayó gran desmayo."¹

Á partir de aquel momento, efectivamente "cayó (á Motecuhzoma) gran espanto y miedo..... (y) comenzó á llorar amargamente;"² fué tal su flaqueza, que sin atender á que su hermano Cuitlahuac le decía: "no metáis en vuestra casa quien os heche de ella,"³ "determinó que los recibiesen en paz dándoles todo lo necesario..... y mandando á sus presidentes y gobernadores de república que con mucha diligencia y cuidado proveyesen y sirviessen con todo lo que quisiesen á los Dioses celestiales que habían llegado..... (se mudó) de las casas reales á otras suyas propias para aposentar á los Dioses."⁴

Podemos, por tanto, observar con el P. Mier, "que quando Cortés llegó, no era la dificultad de reconocerle como Señor, sino de saber si era el mismo (Quetzalcoatl) ó venían de su parte, pues en muchas señales convenían, aunque la crueldad y rapacidad de los Españoles agena de Quetzalcóhuatl los detenía."⁵

1 Sahagún, Relación, 34.

2 Idem, 37.

3 Ixtlilxochitl, II, 347-48.

4 Códice Ramírez, 83-4.

5 II, Apéndice, XIII.

§ 4. SAN JUAN DE ULÚA. CEMPOALA. QUIAHUISTLA.

Desembarcados los españoles en San Juan de Ulúa, el 22 de abril de 1519, según hemos indicado anteriormente, dedicáronse en los días siguientes á rescatar oro y joyas por cuentas de vidrio.¹

Entretanto, "llegaron otros embajadores de Ixtlilxochitl (príncipe rebelde de Texcoco) en competencia contra sus hermanos y el rey Motecuhzoma su tío, á dar la bienvenida á Cortés y á los suyos y á ofrecérsele por su amigo, dándole noticia del estado en que estaban las cosas del imperio, y el deseo de vengar la muerte de su amado padre el rey Nezahualpiltzintli, y libertar el reino de poder de tiranos, enviándole algunos dones y presentes de oro, mantas de algodón y plumería. De que se holgó infinito Cortés saber las alteraciones y bandos que había entre estos señores, porque Motecuhzoma los tenía descontentos y como tiranizados, y vió luego abierto el camino para la felicidad, que después le sucedió, y que juntándose con uno de los bandos, se consumirían ellos entre sí, y él se haría señor de entrambos."²

Fué ese Ixtlilxochitl el primero que traicionó á su patria arrastrado por la ambición de poder.

No dilataron los amigos de Cortés en comprender cuan conveniente era que se fundase una población, y desde luego hablaron con todos los demás castellanos acerca del particular; muchos de éstos se opusieron abiertamente, porque no se contaba con el gobernador de Cuba, Diego de Velázquez: "con palabras algo sobradas dijeron á Cortés que para qué andaba con mañas para quedarse en aquesta tierra sin ir á dar cuenta á quien le envió para ser capitán; porque Diego Velázquez no se lo ternía á bien; y que luego nos fuésemos á embarcar, y que no curase de mas rodeos y andar en secreto con los soldados, pues no tenía bastimentos ni gente ni posibilidades para que pudiese poblar."³ Empero, la mayoría optó porque se poblase, "seducida astutamente por Cortés (dice Mártir y agrega): Por esto se habla mucho contra Cortés sobre deslealtad."⁴

Obró Cortés con tanta hipocresía, que cuando se le requirió para

1 Díaz del Castillo, 34.

2 Ixtlilxochitl, II, 349

3 Díaz del Castillo, 37.¹

4 III, 75.

que poblase, "se hacia mucho de rogar, y como dice el refran: «Tú me lo ruegas é yo me lo quiero;» y fue con condicion que le hiciésemos justicia mayor y capitán general; y lo peor de todo que le otorgamos, que le dariamos el quinto del oro de lo que se hubiese, después de sacado el real quinto, y luego le dimos poderes muy bastantísimos delante de un escribano del Rey, que se decia Diego de Godoy, para todo lo por mí aquí dicho. Y luego ordenamos de hacer y fundar é poblar una villa, que se nombró la villa rica de la Veracruz, porque llegamos juéves de la Cena, y desembarcamos en viérnes santo de la Cruz, é rica por aquel caballero que..... se llegó á Cortés y le dijo que mirase las tierras ricas: y que se supiese bien gobernar, é quiso decir que se quedase por capitán general."¹

Como se mostraron todavía disgustados los amigos de Velázquez, Cortés les aprehendió y encadenó, pero luego, "á unos con dádivas del oro que habíamos habido, que quebranta peñas, é otros prometi-mientos, los atrajo á sí y los sacó de las prisiones, excepto Juan Velázquez de Leon y al Diego de Ordáz, que estaban en cadenas en los navíos, y dende á pocos dias tambien los sacó de las prisiones, y hizo tan buenos y verdaderos amigos dellos como adelante verán, y todo con el oro, que lo amansa."²

Una vez que Cortés quedó como jefe independiente y absoluto de la tercera expedición enviada por Velázquez, resolvió recorrer los lugares cercanos en busca de oro. Diríjese primero á Cempoala, de donde "salieron veinte indios principales á nos recibir..... (y á cuyo cacique manifestó Cortés, al recibir de él un rico presente) que lo que hubiese menester, que se lo dijese, que lo haria por ellos; porque somos vasallos de un tan gran señor, que es el emperador don Carlos, que manda muchos reinos y señoríos, y que nos envia para deshacer agravios y castigar á los malos..... luego como aquello oyó el cacique..... dando suspiros, se quejó reciamente del gran Montezuma y de sus gobernadores, diciendo que de poco tiempo acá le habia sojuzgado, y que le habia llevado todas sus joyas de oro, y les tiene tan apremiados, que no osan hacer sino lo que les manda, porque es señor de grandes ciudades, tierras, é vasallos y ejércitos de guerra. Y como Cortés entendió que de aquellas quejas que daban al presente no podian entender en ello, les dijo que él haria de manera que fuesen desagra-

1 Díaz del Castillo, 37.²

2 Idem, 38-9.

viados; y porque él iba á ver sus acales [que en lengua de indios así llaman á los navíos], é hacer su estada é asiento en el pueblo de Quiahuistlan, que desde allí esté de asiento se verán mas de espacio; y el cacique..... le respondió muy concertadamente. Y otro dia de mañana salimos de Cempoal, y tenia aparejados sobre *cuatrocientos* indios de carga, que en aquellas partes llaman tamemes, que llevan dos arrobas de peso á cuestas y caminan con ellas cinco leguas; y desde vimos tanto indio para carga nos holgamos, porque de antes siempre traíamos á cuestas nuestras mochilas.”¹

De igual suerte recorrió Cortés otros muchos lugares, siendo en todos ellos amorosamente recibido, merced á los falsos ofrecimientos de ayuda ó amparo que no dejaba nunca de hacer á los naturales; cuidaba además de inducir artemente á éstos á que se rebelasen en contra de Motecuhzoma, cuyas riquezas le habían hecho el blanco, desde un principio, de las criminales miras de los españoles: refiere Díaz del Castillo, con la falta de sentido moral tan común á todos aquellos aventureros, que cuando Teuhtlilli trajo el segundo presente de Motecuhzoma á Cortés, éste “dijo á ciertos soldados que allí nos hallamos: «Verdaderamente debe de ser gran señor y rico, y si Dios quisiere, algun dia le hemos de ir á ver.» Y respondimos los soldados: «Ya querriamos estar envueltos con él.»² Puede decirse que desde aquel momento estaba declarada sordamente la guerra al imperio de México.

“Después que hubimos hecho liga y amistad (escribe el mismo Díaz del Castillo) con mas de treinta pueblos de las sierras, que se decian los totonaques, que entonces se rebelaron al gran Montezuma y dieron la obediencia á su majestad, y se prefirieron á nos servir, con aquella ayuda tan presta acordamos de poblar é de fundar la villa rica de la Veracruz en unos llanos media legua del pueblo, que estaba como en fortaleza, que se dice Quiahuistlan.”³

Afirma Gomara que al preguntar Cortés á los caciques de este pueblo, “qué tanta gente podrian juntar. Ellos dijeron que cien mil hombres entre toda la liga que se haria,”⁴ sin contar, por supuesto, con el contingente de Cempoala y otros lugares. Podía así Cortés pensar ya formalmente en saquear el imperio de Motecuhzoma.

Celebradas las alianzas susodichas, se dirigió Cortés á la costa, don-

1 Idem, 39-40.

2 35.¹

3 42.¹

4 320.²

de estaban anclados los navíos; pero á causa de una diferencia surgida entre los pueblos de Cempoala y Tezapantzinco, luego se volvió.

“Después que hubimos hecho aquella jornada (dice Díaz del Castillo), y quedaron amigos los de Cingapacinga con los de Cempoal, y otros pueblos comarcanos dieron la obediencia á su majestad, y se derrocaron los ídolos y se puso la imágen de nuestra Señora y la santa cruz..... fuimos á la villa y llevamos con nosotros ciertos principales de Cempoal, y hallamos que aquel dia habia venido de la isla de Cuba un navío, y por capitan dél un Francisco de Saucedo, que llamábamos el Pulido,”¹ “el cual traia setenta españoles y nueve caballos y yeguas, que no poco esfuerzo y alegría le pusieron (á Cortés).”²

Con tal refuerzo, y sobre todo á causa de las varias é importantes alianzas celebradas hasta entonces con los pueblos indígenas de aquella región, envalentonáronse sobremanera los aventureros españoles, en quienes cada día aumentaba la sed del oro, y resueltamente dijeron á Cortés “que habia ya mas de tres meses que estábamos en aquella tierra, é que seria bueno ir á ver qué cosa era el gran Montezuma y buscar la vida y nuestra ventura.”³

Pensóse era conveniente enviar una relación á la monarquía española de todo lo acaecido, comisionando para ello á Alonso Hernández Puertocarrero y á Francisco de Montejo. No quiso Cortés firmar esa relación, sino que prefirió la subscribieran la Justicia y Regimiento de la Rica Villa de la Veracruz, tal vez porque en la misiva se lanzaban tremendas acusaciones en contra de Diego de Velázquez, y se concluía por pedir al reino español “no proveyese de..... (cargo alguno en las nuevas tierras) al dicho Diego Velazquez, ante le mandase tomar residencia, y le quitase el cargo que en la isla de la Fernandina tiene.”⁴

Para que la petición fuese más eficaz, resolvió Cortés acompañarla de un rico presente, “y porque lo que él tenia ojo á enviar al Rey, valia mas que lo que le venia del quinto, rogóles (á sus compañeros) no se lo tuviesen á mal, pues era lo primero que enviaban;”⁵ de buena voluntad renunciaron los aventureros castellanos á su parte, esperanzados como estaban de hartarse de riquezas en la gran Tenochtitlan.

Antes de que partieran los procuradores Puertocarrero y Montejo,

1 46².

2 Gomara, 321-22.

3 Díaz del Castillo, 46²

4 En Cortés, 28.

5 Gomara, 322.¹

acordaron algunos de los amigos de Velázquez volverse á Cuba; pero incontinenti fueron aprehendidos por Cortés, “y por sentencia que dió, mandó ahorcar al Pedro Escudero y á Juan Cermefío, y á cortar los piés al piloto Gonzalo de Umbría, y azotar á los marineros Peñates, á cada (uno) ducientos azotes; y al padre Juan Díaz si no fuera de misa también lo castigara, mas metióle algo temor.”¹ Pedro Escudero fué quien en Cuba había entregado á Cortés á la justicia,² circunstancia que mucho debió contribuir aquí para que éste le sentenciase á muerte.

No quedaron todavía tranquilos con tan terrible ejecución los amigos de Cortés, por lo cual le aconsejaron “que no dejase navío en el puerto ninguno (dícenos Díaz del Castillo), sino que luego diese al través con todos, y no quedasen ocasiones, porque entre tanto que estábamos la tierra adentro no se alzasen otras personas como los pasados; y demás desto, que teníamos mucha ayuda de los maestros, pilotos y marineros, que serian al pié de cien personas, y que mejor nos ayudarían á pelear y guerrear que no estando en el puerto; y segun vi y entendí, esta plática de dar con los navíos al través que allí le propusimos, el mismo Cortés lo tenía ya concertado, sino que quiso que saliese de nosotros, porque si algo le demandasen que pagase los navíos, que era por nuestro consejo, y todos fuésemos en los pagar.”³

Cortés sabía bien que estaba ya condenado á permanecer indefinidamente en Nueva España, porque si salía de aquí no dejaría de prenderle y ajusticiarle Diego de Velázquez con sobrada razón; aquél mismo nos habla del “propósito que traía (Narváez, meses después) y lo que por Diego Velázquez le era mandado (dice), que era ahorcarme á mí y á muchos de los de mi compañía.”⁴ Necesitaba pues Cortés impedir á todo trance que sus soldados le abandonaran: por esto “habló con algunos de los que iban por maestros de los navíos, é á algunos rogó que diesen barrenos á los navíos, é á otros que le viniesen á decir que sus navíos estaban mal acondicionadós; é como lo hiciesen así, díceles: «Pues no están para navegar, vengan á la costa, é rompedlos, porque se excuse el trabajo de sostenerlos;» é así dieron al través con seis ó siete navíos.”⁵ Según Francisco de Aguilar, Cortés “mandó llamar a un compadre suyo, maestro de un navio, muy su amigo, al qual

1 Díaz del Castillo, 50.²

2 Herrera, I, 244.²

3 50-1.

4 125.

5 Tapia, 563.

rogó en secreto que aquella noche entrase en los navios y les diese a todos barrenos, aviendo mandado salir la gente primero a tierra. Y asi el dicho maestre entró en los navios sin que nadie lo viese ni pensase lo que avia de hazer, y los barrenó, y otro dia de mañana amanecieron todos los navios anegados y dados al traues, salvo una carabela que quedó.”¹

Montejo declaró en España que “los navíos..... eran viejos..... y algunos de ellos se hundieron antes (de que se los barrenase);”²

Puertocarrero y Montejo se dieron á la vela “en 26 dias del mes de julio de 1519.”³

Diremos de una vez que llegados á España, el Real Senado de Indias juzgó que Cortés y los suyos habían obrado “contra rectitud y justicia; como que, sin contar con el vicegobernador de Cuba, que con autoridad real les había enviado, han acometido una empresa ajena del mandato que tenían, y aunque sea para presentarse al Rey, han venido sin saludarle [al gobernador de Cuba.]

“..... El Gobernador pide contra ellos pena capital, y ellos piden los cargos y el premio de los trabajos y peligros que han arrostrado. Se ha diferido así el premio como el castigo, ordenando que sean oídas ambas partes.”⁴

La resolución definitiva fué, sin embargo, contraria á Velázquez, que por aquel tiempo, á causa de las varias armadas que había mandado á Nueva España, se encontraba completamente arruinado, en tanto que Cortés cada día reunía mayores riquezas; por cédula real fecha 22 de octubre de 1522, se previno á Velázquez “no fuesse ni enviase á aquella tierra gente ni armada alguna só ciertas penas.”⁵

§ 5. JALAPA. XICOCHIMALCO. IXHUACAN. XOCOTLA. IXTACMAXTITLAN.

Hundidas las naves y partidos para España Montejo y Puertocarre-ro, Cortés volvió á Cempoala, desde donde pensaba seguir hasta Méxi-co. Empero, detúvose algunos días, porque á la sazón aparecieron en la costa cuatro naves. Sobresaltóse Cortés, temiendo fueran de Velázquez, pero pronto se tranquilizó, pues habiendo logrado apoderarse de

1 5.

2 Docs. de España, I, 489.

3 Díaz del Castillo, 48¹.

4 Mártir, III, 94-5.

5 Oviedo, I, 540².

siete hombres de los que venían en dichos navíos, supo que la expedición era enviada por Francisco de Garay.

Como las naves se alejaron de la costa y no volvieron á aparecer, Cortés, que no "veía. . . . la hora de ser con Moteczuma,"¹ emprendió al fin su marcha hacia México. "Después de bien considerada la partida. . . . tomamos consejo sobre el camino que habíamos de llevar, y fué acordado por los principales de Cempoal que el mejor y mas conveniente era por la provincia de Tlascala, porque eran sus amigos y mortales enemigos de mejicanos."²

"Partió pues Cortés de Cempoallan, que llamó Sevilla, para Méjico, á 16 días de agosto del mismo año, con cuatrocientos españoles, con quince caballos y con seis tirillos, y con mill y trecientos indios entre todos, así nobles y de guerra como tamemes, en que cuento los de Cuba."³

Ixtlilxochitl asegura que fueron "mil indios de carga y mil trescientos de guerra. . . . (y que además Cortés llevaba) consigo ciertos rehenes."⁴

Díaz del Castillo, empeñado siempre en exagerar el esfuerzo de los españoles en la Conquista, disminuye en cambio extraordinariamente el número de los aliados indígenas; dice así: "(los de Cempoala) ya tenían aparejados cuarenta principales, y todos hombres de guerra, que fueron con nosotros y nos ayudaron mucho en aquella jornada, y mas nos dieron ducientos tamemes para llevar el artillería;"⁵ olvidó sin duda que ya había dicho que ese mismo pueblo dió desde un principio á Cortés "cuatrocientos indios de carga."⁶

El número de aliados que acompañó á Cortés debe haber sido enorme, toda vez que el contingente de un solo pueblo, Quiahuistla, ascendía á *cien mil hombres*, como hace poco indicamos.

De nuevo advertiremos que no sólo Díaz del Castillo, sino todos los conquistadores que escribieron acerca de sus empresas, ó bien omiten absolutamente á los aliados indígenas, ó bien procuran por lo menos aminorar hasta un grado increíble el número de éstos.

Á medida que Cortés avanzaba, agregábasele más y más naturales; así lo indica el mismo Díaz del Castillo cuando escribe: "llevábamos

1 Gomara, 324².
2 Díaz del Castillo, 52².
3 Gomara, 325².
4 II, 361.
5 52².
6 40¹.

con nosotros muchos amigos, así de Cempoal como los de Zocotlan y de otros pueblos por donde habíamos pasado;"¹ fueron éstos Xalapa, Xicochimalco, Ixhuacan y Xocotla, de donde pasó el ejército á Ixtacmaxtilan, cuyo cacique proporcionó á los españoles "treientos soldados."²

§ 6. TLAXCALA.

Hasta allí Cortés había sido "muy servido y festejado (por los naturales);"³ pero no bien pisa las tierras de Tlaxcala el miércoles 31 de agosto, cuando luego tropieza con treinta valientes guerreros del pueblo de Tecoaac, que le combaten denodadamente, "con determinacion de morir antes que rendirse;"⁴ en efecto, los españoles mataron á todos, no quedando "uno ni ninguno."⁵ "Eran estos (indígenas) tan esforzados y tan animosos, que ántes se dejaban hazer pedazos que rendirse ni volver atrás."⁶ En la reyerta, resultaron heridos cuatro españoles, quienes, siguiendo su asquerosa é inhumana costumbre, "con el unto de un indio gordo que allí matamos (dice Díaz del Castillo). . . . se curaron."⁷

Al día siguiente, 1^o de septiembre, traba Cortés batalla formal con los Tlaxcalteca, cuya pujanza fué tal, que puso las vidas de los españoles "en mucho peligro."⁸ Cortés no alcanzó victoria, supuesto que los tlaxcalteca "se trujeron con muy buen concierto, y á nosotros (habla Díaz del Castillo) que no nos pesó dello."⁹

Los tlaxcalteca habrían destrozado fácilmente á los castellanos, si éstos no hubiesen sido defendidos con gran denuedo por sus muchos aliados, de los cuales no obstante apenas si hacen mención los cronistas españoles; verdad es que Gomara asienta "que les dió Cortés muy cumplidas gracias, (pero agrega el autor que se condujeron tan esforzadamente), ora fuese por miedo de ser comidos, ora por vergüenza y amistad."¹⁰ Miedo sí que lo hubo, mas no en los aliados que con su natural

1 54².
2 Gomara, 327¹.
3 Ixtlilxochitl, II, 361.
4 Gomara, 327¹.
5 Tezozomoc, 701.
6 Códice Ramírez, 84.
7 55².
8 Díaz del Castillo, 56¹.
9 56².
10 328¹.

figereza habrían huído entonces hacia sus pueblos, sino únicamente de parte de los españoles; uno de ellos, Francisco de Aguilar, que escribió su Historia "sin andar por ambages y circunloquios,"¹ nos confiesa que el "parecer y semblante fiero. . . . (de los tlaxcalteca y sus) gritos y bozes. . . . causavan en los que los oyamos muy gran temor y espanto, tanto que uvo muchos españoles que *pidieron confesion*."²

Al siguiente día, Cortés se consagró á devastar los indefensos pueblos cercanos, en los que no había guerreros, por lo que pudo sin peligro dejar yermos aquéllos: "antes que hobiesen lugar de se juntar (nos dice) les quemé cinco ó seis lugares pequeños de hasta cien vecinos, é truje cerca de cuatrocientas personas, entre hombres y mujeres, presos, y me recogí al real. . . . sin que daño ninguno me hiciesen."³ Mártir nos hace saber que además Cortés "saqueó cuanto le vino á la mano."⁴

Empero, temeroso del ejército de Tlaxcala, Cortés comisionó el día 3 á dos principales prisioneros indígenas para que fuesen á proponer la paz á aquella República: "la respuesta que les dió su capitán Xicotenga el mozo fué que fuésemos á su pueblo, adonde está su padre; que allá harían las paces con. . . . honrar sus dioses con nuestros corazones y sangre, é que para otro día de mañana veríamos su respuesta."⁵

Fiel á su palabra el esforzado mancebo, ataca briosamente á otro día á los españoles poniéndoles en angustioso aprieto: "Una cosa nos daba la vida (exclama Díaz del Castillo), y era que, como eran muchos y estaban amontonados, los tiros les hacían mucho mal; y demás desto, no se sabían capitanear, porque no podían allegar todos los capitanes con sus gentes; y á lo que supimos, desde la otra batalla pasada habían tenido pendencias y rencillas entre el capitán Xicotenga con otro capitán hijo de Chichimeclatecle. . . . por manera que en esta batalla no quiso ayudar con su gente el Chichimeclatecle al Xicotenga; antes supimos muy ciertamente que convocó á la capitánía de Guaxolcingo que no pelease. . . . (Debido á esta división y asimismo á que) les matamos un capitán muy principal. . . . comenzaron á retraerse con buen concierto, y los de á caballo á media rienda siguiéndolos po-

1 3.

2 6.

3 62.

4 III, 187.

5 Díaz del Castillo, 57¹.

co trecho, porque no se podían ya tener de cansados; y cuando nos vimos libres de aquella tanta multitud de guerreros, dimos muchas gracias á Dios. Allí nos mataron un soldado y hirieron mas de sesenta, y tambien hirieron á todos los caballos."¹

Las pérdidas de los tlaxcalteca no se conocieron.

No hemos tratado de fijar el número de los guerreros de Tlaxcala, porque es imposible, dadas las exageraciones groseras y grandes divergencias de los cronistas. De esta suerte, al referirse Cortés á la batalla del día cuatro, nos dice que los tlaxcalteca eran "mas de ciento y cuarenta y nueve mil;"² Díaz del Castillo por su parte asegura que todas las capitanías de Tlaxcala "eran á la cuenta cincuenta mil,"³ pero advierte que dos de ellas, formadas cada una de diez mil guerreros, "no les acudian,"⁴ reduciendo por tanto la cifra de los enemigos á treinta mil; no es remoto que exagere todavía Díaz del Castillo, de acuerdo con su constante práctica; así, por ejemplo, al hablar de la batalla que Cortés libró en Potonchán, indica que el ejército indígena ascendía á 150,000 guerreros, ejército que, como oportunamente dijimos, á lo más podía comprender unos cuatro ó cinco mil hombres.

Volvamos á Cortés. Nuevamente emprende sus vandálicas correrías el día seis; "torné (dice) á salir por otra parte antes que fuese de día, sin ser sentido dellos, con los de caballo y cien peones y los indios mis amigos, y les quemé mas de diez pueblos, en que hobo pueblo dellos de mas de tres mil casas. . . . E como traíamos la bandera de la cruz, puñábamos por nuestra fe y por servicio de. . . . S. M., en su muy real ventura nos dió Dios tanta victoria, que les matamos mucha gente, sin que los nuestros recibiesen daño. Y poco mas de mediodía, ya que la fuerza de la gente se juntaba de todas partes, estábamos en nuestro real con la victoria habida."⁵

La veneranda cruz donde expiró el inmensurable Hombre por sus semejantes envolviéndoles á todos en una sublime mirada de caridad y de amor, servía hoy á los españoles para llevar al cabo con despiadada crueldad la matanza de numerosos pueblos inocentes: aquellos facinerosos hacían así del símbolo de la universal confraternidad, un presagio inexorable de latrocinio y de muerte.

1 58¹.

2 62.

3 57².4 58¹.

5 62-3.

La gente que habitaba en los pueblos incendiados por Cortés, componíase de niños, mujeres y otras personas desvalidas que ningún mal podían hacer á los castellanos; toda la gente guerera se hallaba en Tlaxcala; no obstante, Cortés, "como un tigre con cría..... Despoblado, destruyendo y aprisionando ó matando á todos los que encontraba..... lo pasó todo á sangre y fuego."¹

La conducta de Cortés era una repetición fiel de la observada siglos antes en Europa por Atila, el *azote de Dios*, que se vanagloriaba de que *la yerba no crecería más donde su caballo había pisado*; entre ambos devastadores del linaje humano hubo sin embargo una diferencia profunda, á saber: que Atila fué un bárbaro del siglo V y Cortés un letrado del siglo de oro.

El día 7 vinieron cincuenta mensajeros de Tlaxcala brindando con la paz; "traiéronme de comer (escribe Cortés) y ciertas cosas de plumajes que ellos usan y tienen en estima..... (mas como alguien sospechó que eran espías) los mandé tomar á todos cincuenta y cortarles las manos."² Tan monstruosa crueldad dió motivo á que en la noche del propio día se presentara ante el campo español el valeroso Xicotencatl con "obra de diez mil indios, los mas esforzados que tenia;"³ pero avisado á tiempo Cortés, logró rechazar el ataque.

No eran pocas las pérdidas sufridas hasta entonces por los invasores; refiriéndose Díaz del Castillo al amanecer del día 8, manifiesta: "nos vimos todos heridos á dos y á tres heridas, y muy cansados, y otros dolientes y entrapajados, y Xicotenga que siempre nos seguía, y faltaban ya sobre cincuenta y cinco soldados, que se habian muerto en las batallas y dolencias y frios, y estaban dolientes otros doce, y asimismo nuestro capitán Cortés..... y aun el padre fray Bartolomé de Olmedo, de la orden de la Merced, con el trabajo y peso de las armas, que siempre traíamos á cuestas, y otras malas venturas."⁴

El deplorable estado de los cristianos fué causa de que Cortés diese una breve tregua á sus devastaciones; mas "después de estar algo descansado (nos dice) salí una noche..... Y antes que amaneciese dí sobre dos pueblos, en que maté mucha gente. E no quise quemar las casas por no ser sentido, con los fuegos, de las otras poblaciones, que estaban muy juntas. E ya que amanecía dí en otro pueblo tan grande,

1 Mártir, III, 138.

2 63.

3 Díaz del Castillo, 59¹.

4 59¹.

que se ha hallado en él, por visitacion que yo hice hacer, mas de veinte mil casas. E como los tomé de sobresalto salian desarmados, y las mujeres y niños desnudos por las calles, é comencé á hacerles algún daño;"¹ Mártir añade que como "los habitantes de aquella gran ciudad estaban desprevenidos y sin temer nada, de improviso la invadió (Cortés) en la segunda vigilia de la noche, y los acometió dispersos y dormidos."² Cuán cierto que la conquista española era destrucción de la tierra como indica Oviedo sin embozo alguno.³

Entretanto, tornó Cortés á comisionar á tres prisioneros principales "dijesen á los caciques de Tlaxcala que les rogábamos que vengan luego de paz y que nos den pasada por su tierra para ir á Méjico."⁴ Varios de los soldados españoles, desalentados por la heroica resistencia de los tlaxcalteca manifestaban á Cortés, "que faltaban ya sobre cincuenta y cinco compañeros..... é que seria bueno volver á nuestra villa, y que en la fortaleza que hicimos, y entre los pueblos de los totonaques, nuestros amigos, nos estariamos hasta que hiciésemos un navío que fuese á dar mandado á Diego Velazquez y á otras partes é islas para que nos enviasen socorro é ayudas."⁵ Con dificultad pudieron Cortés y sus partidarios más adictos acallar á los descontentos.

"En este espacio los señores y principales y valientes hombres de Tlaxcala entraron en consejo consigo mismos para ver que les convenia hacer en este trance; dando y tomando gran rato, vinieron á concluir todos, que pues que aquella gente que venia habia hecho tan gran destrozo y matanza..... no les convenia salirles de guerra sino que se diesen á ellos saliéndoles de paz;"⁶ indignado, dijo entonces el joven Xicotencatl: "que ya habia muerto muchos teules y la yegua, y que él queria dar otra noche sobre nosotros y acabarnos de vencer y matar;"⁷ empero, como todos los señores de Tlaxcala, inclusive el padre del indomable joven, optaron por la paz, al fin se celebró ésta.

Entró Cortés en Tlaxcala el 23 de septiembre de 1519;⁸ el recibimiento que se le hizo "fué el más solemne y famoso..... (que) nunca á príncipe alguno se había hecho otro tal."⁹ Fieles los tlaxcalteca á

1 64.

2 III, 145.

3 III, 36¹.

4 Díaz del Castillo, 58².

5 Idem, 61².

6 Sahagún, Relación, 41.

7 Díaz del Castillo, 60².

8 Idem, 67¹.

9 Muñoz Camargo, 186.